

Un best seller insípido

ALVARO BISAMA

Nada que hacer: Alexander Cold le hace honor a su nombre. Su nueva historia es glacial y mediocre. Fría. Lástima por los lectores, que confiaban en esta segunda entrega de la saga juvenil de Isabel Allende. La escritora chilena había lanzado el año pasado las aventuras de este adolescente con poderes místicos y ahora debía mantenerse a su propia altura y demostrar que se la podía con novelas facturadas a la velocidad del mercado. No pudo. No hay en *El reino del dragón de oro* ninguna de las virtudes que estaban presentes en la primera aventura de Cold (*La ciudad de las bestias*), el chico que se convierte en jaguar y anda con su abuela fumadora por los parajes más exóticos del mundo. Ahí, la chilena había descrito una gesta y un melodrama. Subyacía, tras su ecologismo, el viaje de un adolescente a través de sus propios miedos. Alexander era un sujeto complejo, a medio camino de la violencia y el pánico, temeroso a casi todo. Ahora no es nada. Un héroe infantil más, surgido al amparo del marketing mágico de Harry Potter y cía.

Esta secuela decepciona. Repite las mismas claves que su antecesora (un reino escondido, villanos de turno y unos cuantos tesoros arcanos descubiertos y salvados por los niños/héroes de turno). Alex Cold, su abuela y Nadia Santos van al Himalaya, luchan contra una secta de asesinos enviados por un clon de Bill Gates y conocen a un Dalai Lama con espinillas. Mientras, restablecen la dignidad de un pueblo budista ¡y sus yetis!- y sobreviven para intuir, como moraleja, que el Oriente

está condenado a ser parte del Occidente global. En el camino hay una *femme fatale* medio budista, un hippie/cazador/mercenario -llamado Tex Armadillo (sic)- y unos cuantos viajes astrales y/o visiones sicodélicas.

El libro no posee demasiada historia, estira las tramas y dispone mal sus climas. Por el rato que dura la novela, uno piensa que Isabel Allende ha perdido su habilidad fabuladora. A lo más, *El Reino...* ofrece una parábola gruesa sobre la relación entre modernidad y tradición, acercándose más al ensayo *Mi país inventado* que a *La ciudad...* y comprobando, con su prosa esterilizada, las intenciones de la autora de declararse ciudadana del mundo. Es como si deseara borrar su prosa anterior, sus orígenes híbridos entre García Márquez y Corín Tellado, para volverse políticamente correcta. Su lenguaje parece el de una traducción madrileña, como si fuera la versión novelada de una matinee con hartito presupuesto, pero pocas ideas.

Todo lo anterior lo encarna el -ahora- aburrido protagonista: Alexander Cold es puro blanco y negro, carece de dudas, como si fuera un robot repitiendo sus acciones mecánicamente. Todo lo que lo rodea en su aventura son simples decorados hollywoodenses, postales, caricaturas en vez de personajes. Cold no calienta, no emociona al lector. El texto se mueve en el reino del *best seller* por el *best seller*, con su insipidez y falta de riesgo. Isabel Allende antes siempre fue un poco más allá. Ahora, apenas cumple: éste es sólo un bocadillo liviano, que no quita el hambre. Un relato que hace crecer los colmillos en la espera de la nueva entrega de Harry Potter.

